

La Caracas iletrada: A partir del Diario de Ángel Rama

Lecuna, Vicente
Universidad Central de Venezuela

Resumen

La década de los setenta fue para Venezuela, y particularmente para su ciudad capital, un período de modernización acelerada, con los consecuentes atropellos, vacíos y desigualdades que esto implica. Basándonos en el *Diario* (2001) de Ángel Rama, este artículo responde a dos propósitos fundamentales. En primer lugar, abordar la manera como ese proceso modernizador, específicamente vinculado con Caracas, se involucró con la cultura y cómo esto conllevó a que el Estado y los representantes de esa elite desarrollaran políticas encaminadas a la masificación de la cultura. Así mismo, intentar, nuevamente con Rama, superar las visiones contrapuestas del país de la época, que van del rico, culto y abierto a la inmigración, al xenófobo, provinciano y corrupto, para establecer una tercer visión que sea adecuadamente balanceada.

Palabras clave: Modernidad, provincianismo, xenofobia, intelectualismo, cultura.

Abstract

The decade of the 70s was for Venezuela, and especially Caracas, a time of accelerated modernization accompanied by the subsequent vacuums, abuses, and inequalities that this implies. Based on the *Diario* (2001) by Ángel Rama, this article has two major purposes. On the one hand, to tackle the way in which this modernizing process, specifically linked to Caracas, became mixed with culture and how this fact led to the development of governmental politics (with the help of the elite) aimed at the creation of a mass culture. On the other hand, the article attempts to overcome the contrasting views of the country at that time, ranging from the rich, educated and open-to-immigration person to the provincial, corrupt xenophobe, in order to establish a third view that is sufficiently balanced.

Key words: Modernity; provincialism; xenophobia; intellectualism; culture.

Caracas, Caracas, el Ávila, el Guaire, el
Pulpo, la Araña, su Sabana Grande, ya
la siento mía, ya la siento mía.

Piero

Citizen Rama

Este trabajo está inspirado por una sospecha: lo que Rama registró sobre los intelectuales y el medio académico caraqueño en su *Diario* (2001) podría contribuir a iluminar algunas áreas oscuras, o más bien negadas, del proceso de masificación de alta cultura que el Estado venezolano impulsó a partir de los años sesenta a través de diversas instituciones nacionales, y que ya en los setenta mostraba sus primeros frutos, como se puede constatar en la *Cronología* (1987) de la Biblioteca Ayacucho y en el *Diccionario de historia de Venezuela* (1997), de la Fundación Polar, entre otras obras. Así mismo, quisiera introducir, de la mano de Rama, un matiz particularmente gris en medio, o al lado, de dos polos opuestos: la leyenda dorada sobre la “Gran Venezuela”, democrática, moderna, con sus brazos abiertos a la inmigración latinoamericana, y la leyenda negra sobre la Venezuela xenófoba, provinciana, corrupta, nueva rica, que habría rechazado esa inmigración, particularmente durante la década de los setenta. Aunque algunas de las entradas del *Diario* se refieren a otras ciudades venezolanas, como Maracaibo, y, muy de pasada, Barquisimeto y Mérida, por ejemplo, quiero concentrarme en los registros sobre la ciudad de Caracas y las extensiones a un posible “carácter nacional” del momento, que nota Rama a partir de su experiencia particular con la capital durante sus años venezolanos, que van, a grandes rasgos, de 1972 a 1978, con algunas visitas posteriores. Esta selección se basa en el hecho de que durante la mayor parte de este período Rama vive en Caracas, con excepción de periódicos viajes al exterior y a alguna que otra ciudad venezolana.

En principio, entonces, este no es un trabajo sobre la obra de Ángel Rama, aunque a ratos pueda parecerlo, o sobre su *Diario* (que va de 1974 a 1983) que por cierto “coincide con su etapa más fermental” (Peyrou, 5). Su obra, como dice Román de la Campa “no requiere introducciones protocolares” (117). Parto de la premisa de que su legado como crítico literario y cultural, editor, profesor, polemista y agitador intelectual, es, entre muchas otras cosas, uno de los mejores testimonios sobre el desigualmente transitado tema de la “latinoamericanidad” y sus respectivas limitaciones, probablemente un canto de cisne en estos tiempos de disolución y de centralismo globalizador. Rolena Adorno, Mario Vargas Llosa, Tomás Eloy Martínez, Jorge Romero, Julio Ramos, John Beverley, Mabel Moraña, Saul Sosnowski, Josaphat Kubayanda, Carlos Alonso y muchos otros ya han evaluado la enorme contribución de Rama al discurso cultural latinoamericano, y seguramente necesitamos más estudios de este tipo, dada la importancia del caso. El *Diario*, en mi opinión, ofrece nuevas perspectivas de análisis: psicoanalíticas, historicistas, culturalistas, literarias, y seguramente muchas más. En todo caso, lo que me interesa es la mirada de un intelectual, un ciudadano de la república de las letras, que se siente, y que algunos de sus colegas letrados locales lo hacen sentir, extranjero (y demonizado por esto), de acuerdo a lo que Rama registra, dentro de lo que él mismo supone como su área cultural de influencia: Latinoamérica, y particularmente Caracas. Pienso que la contradicción que implica esta incomodidad, esta perspectiva alterada, también puede contribuir a sabotear los imaginarios binarios, elementales, maniqueos, aunque políticamente efectivos, sobre Caracas y el país, muy de moda en Venezuela (y en el medio académico local) mientras escribo estas líneas, y que apelan a la misma época del *Diario* como epicentro de un desastre o una maravilla, según el proyecto político que se suscriba. Otra forma de ponerlo sería la

siguiente: la particular experiencia de “subalternidad” sufrida por Rama puede arrojar tanta luz sobre la figura del intelectual en sí, como sobre la ciudad que lo habría colocado en esa posición. Me interesa, sobre todo, la segunda posibilidad.

No me preocupa el catálogo de oportunidades que Rama encontró en Venezuela, y que matizan cualquier perspectiva absolutamente negativa sobre su experiencia en el país. Tampoco quisiera que los registros fuertes e incisivos que Rama refiere sobre el medio intelectual y académico venezolano, particularmente el caraqueño, fueran simplemente imaginados por el lector como representativos de una leyenda negra que recoge una posición común a todos los intelectuales que llegaron al país durante los setenta, expulsados de sus países por sus respectivas dictaduras, ni mucho menos de los inmigrantes en general. El espacio de la ambigüedad sobre este tema es enorme. Por ahora conviene decir, por ejemplo, que Juan Carlos Gené, dramaturgo argentino que residió en Caracas de 1977 a 1993, y que nos dio una de las mejores y más profundas ofertas teatrales de la época, registra su experiencia venezolana a partir de la fertilidad de su trabajo durante esos años. Sus obras de teatro, según lo que él mismo dice:

le deben a Venezuela su libertad creativa, su variada concepción estilística y hasta, una de ellas, su realidad, sus personajes, su lenguaje. Esta prescindible estadística, sólo aparece aquí para testificar el estimulante clima venezolano de libertad para la creación (8).

Así mismo, los estudiantes y colegas de Rama que pude consultar para este trabajo recuerdan su magisterio como uno de los más importantes de sus carreras. Por lo demás, solamente el hecho de que Rama nos haya dejado en estas tierras la Biblioteca Ayacucho debería bastar para colocarlo en un lugar muy importante de la vida

cultural nacional. De hecho, este proyecto ha sido tan influyente que la UNESCO lo ha copiado, en su *Colección Archivos*, dirigida por Amos Segala y apoyada por varias editoriales. Además de esto, quiero dejar constancia de que en este trabajo no se cotejan las impresiones de Rama con las de sus detractores. De hecho, en realidad no me interesa quién tenía la razón. Solamente quisiera proponer una versión problemática sobre “la ciudad letrada” de la época, sobre los intelectuales caraqueños en medio de la expansión modernizante de la cultura de ese momento.

La ciudad invisible

En la entrada que corresponde al 1 de noviembre de 1977, hacia el final de su estadía en Venezuela, Rama refiere un desalentador comentario de una amiga uruguaya, que después de vivir en el país durante un tiempo decide volver a Montevideo, porque Caracas:

Es una ciudad invisible. Montevideo está muerto pero es una ciudad, tiene calles, aceras, transportes, colectivos, cines ordenados, gente que se comunica a pesar de las dificultades, valores intelectuales firmes, sentimiento de responsabilidad, de trabajo y empeño (79).

De seguido, Rama, que precisamente durante ese año se sintió particularmente incómodo en Caracas, comenta esta declaración, que respalda en un plano emocional, como es notable en múltiples entradas del propio *Diario* en las que se refiere a la ciudad y a los intelectuales locales en términos similares a los de su amiga, como veremos más adelante; pero que, a la vez, le preocupa en un plano racional. Esta clásica dicotomía, señalada en el prólogo (Peyrou, 22) se completa de esta manera:

sigo resistiéndome a esa visión que me parece simplista y provinciana [...] en el peor de los casos sólo define una situación

histórica, no una naturaleza, que en este país está especialmente viciada por la repentina riqueza, el despilfarro generalizado y la rapacidad cruda de la burguesía que se enriquece con esta coyuntura y nada hace para la educación del pueblo en otros valores (79-80).

La enumeración de cualidades de Montevideo muestra que Caracas, por oposición, carece de todas ellas, y precisamente por eso la amiga de Rama vuelve a Uruguay. Según esto, la capital de Venezuela, primero que nada, no sería una ciudad, no tendría calles, ni aceras, ni transportes, ni autobuses, ni cines ordenados, ni gente que se comunica, ni valores firmes, ni sentimiento de responsabilidad, de trabajo, ni ningún empeño. Aunque dice resistirse a esa visión, en su comentario Rama no disiente drásticamente, sino que trata de explicarse por qué, en el peor de los casos, una ciudad puede llegar a ser así. En ese esfuerzo recurre a la historia, elude una respuesta esencialista, señala la repentina riqueza, el despilfarro, y acusa a la burguesía. Esta forma de ver las cosas no pasaría de ser mucho más que un comentario razonable, casi de sentido común, sino fuera porque quién los suscribe se había dedicado, durante mucho tiempo, a estudiar la cultura latinoamericana, y su literatura en particular. En 1984, un año después de su muerte, aparecería su libro inacabado *La ciudad iletrada* (1984), en el cual Rama reúne una serie de reflexiones, en forma de historia, sobre la relación entre las ciudades, los intelectuales y el poder (corona, Iglesia, Estado, partido, etc.) en Latinoamérica, mostrando una estrecha convivencia entre estos, que va de la colonia al siglo XX, con algunos importantes matices. ¿Por qué para Rama, y su amiga, entonces, Caracas parece andar de su cuenta? ¿Es que durante los años setenta no había en la capital venezolana intelectuales, ni poderes, y por tanto tampoco había ciudad (ni aceras, ni valores firmes, ni nada)? ¿El sueño del

orden no habría conseguido lugar en Caracas, a pesar de todo el entusiasmo modernizador del Estado?

La ciudad letrada, entre otras cosas, puede ser leída como un estudio minucioso de la vinculación entre el escritor, o el intelectual, y el liderazgo político, o moral, en América Latina, desde la colonia hasta nuestros días. Como dice John Beverley:

As Angel Rama argued, a republic of letters (ciudad letrada) and the consequent role of the writer as a political-moral leader, are among the basic forms of institutional continuity between colonial and contemporary Latin America (2).

A partir de esto, uno podría suponer que esa posición de privilegio rebate la forma de pensar al escritor, o al intelectual latinoamericano como revolucionario-visionario que habla en nombre de los que no tiene voz, como Neruda, según Beverley, y más bien lo coloca como “parte del problema”. Esta forma “negativa” de entender al intelectual, y su labor, ha generado cierta polémica. Román de la Campa, por ejemplo, señala que: “Otro aspecto central y problemático de *La ciudad letrada*, es su tendencia a menoscabar el coeficiente subversivo del texto literario y su capacidad de alterar o designificar el orden letrado hegemónico” (128). De manera que cada vez que Rama en su *Diario* introduce perspectivas negativas sobre el ambiente intelectual y académico venezolano habría que tomar en cuenta que sus comentarios no son solamente meras anécdotas emocionales, emotivas, irreflexivas sobre desencuentros profesionales, sino anotaciones sobre un problema crucial para él: el tema del intelectual y el poder. En lo que viene, veremos que Rama mismo, consciente de este problema, estaría todavía sujeto a él, aunque probablemente en el borde de la salida. Todavía en los setenta, quiero decir con Beverley:

The problem is that Latin America left cultural politics is still founded on a model of cultural authority and pedagogy in which,

literature is positioned as the discourse that is crucially formative of Latin American identity and possibility (5).

En una de las primeras páginas del *Diario*, por ejemplo, Rama comenta, en 1974: “Va siendo un año duro para Marta y para mí y es difícil precisar las causas. ¿Dificultades con el medio intelectual de aquí, en muchos aspectos todavía provinciano?” (36). Durante el resto del diario las razones de esas dificultades van siendo desentrañadas por Rama, hasta que en el año 1977 se produce un largo discurso que justifica su partida de Venezuela, por estas y otras razones negativas, como veremos más adelante. Otro ejemplo particularmente ilustrativo es el siguiente. Al comentar los problemas que enfrenta su esposa, la importante crítica de arte Marta Traba, con la Escuela de Arte de la Universidad Central de Venezuela (UCV) y con el medio artístico en general, Rama anota: “el país carece de una vigilancia crítica, documentada y austera. De lo sano pueblerino que hacía fondo de todo esto, solo va quedando lo pueblerino corrompido” (80).

Como este, hay muchos otros comentarios que colocan a los miembros de la directiva de la Biblioteca Ayacucho, algunos profesores de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, y a los intelectuales en general, como representantes de ese mundo provinciano, pueblerino y corrompido. Es como si en Caracas no hubiera encontrado una ciudad letrada como tal, como él la describiera después en su famoso libro, y que a ratos parece una elaboración un tanto idealista, sino que hubiera chocado con lo que él mismo llamó “la ciudad real”, esa que la ciudad letrada quiere controlar. Para Rama, el medio intelectual caraqueño sería propiamente el de la ciudad letrada. A lo mejor era el de un pueblo letrado, una villa, con presupuesto de metrópoli, malgastado. Esta contradicción es percibida por Rama, pero solo reconoce lo que podríamos llamar el “lado oscuro” del problema. Si bien es cierto que el derroche de recursos de la época es generalmente reconocido

en la reciente historia venezolana, éste fue acompañado por uno de los esfuerzos más notables del Estado venezolano por promover un proyecto cultural democrático en varias áreas: se inauguran bibliotecas y museos públicos, se desarrollan editoriales del Estado, se crean orquestas subsidiadas, se continúa con la masificación de la educación, en un proceso vertiginoso. Era una ciudad, quiero decir, que hacía un esfuerzo extraordinario por “letrarse”, por conseguir un orden moderno, de la mano del Estado, bajo una inspiración democrática, como puede constatarse en la *Cronología* y el *Diccionario de historia de Venezuela*. Lo que Rama señala en su *Diario* sobre las limitaciones de este esfuerzo debería servir para estudiar las contradicciones de lo que podríamos llamar “el proceso de modernización cultural” de la época, a cargo de, en buena medida, lo que Alfredo Chacón llamó “la izquierda cultural”. Es probable, por ejemplo, que la velocidad de los desarrollos no correspondiera a un cambio generacional, produciendo la contradicción de una política cultural con recursos modernos, pero comandada por ideas viejas. Es posible también que Rama, quien contribuyó con ese crecimiento de Caracas, en tanto ciudad letrada, notara los problemas dentro de ese gesto, que él compartía. Todo esto resulta sumamente curioso porque luego, en *La ciudad letrada*, criticaría precisamente esos esfuerzos del orden, y, de alguna manera, trataría de tomar la posición de la ciudad real. ¿No será que su perspectiva sobre el tema, que aparece también en otros de sus textos, como “Los contestatarios del poder” y “El Boom en perspectiva”, se reconfiguró a la sazón de sus dificultades en Caracas, con los intelectuales locales? ¿O no será, más bien, que el modelo proyectado en *La ciudad letrada* adolece de serias dificultades, como propusieron los profesores Alberto Rodríguez Carucci y Javier Lasarte en las jornadas sobre Ángel Rama realizadas en la Universidad de los Andes, en Mérida, en noviembre de 2003?

Los oleajes de modernización, como diría el mismo Rama, no suelen ser sistemáticos sino sincopados, contradictorios, un movimiento de ida y vuelta, que crea corredores entre tradición y modernidad, que no aplaza lo uno al instaurar lo otro, como dice Jorge Romero en “Tres lecturas de la cultura moderna latinoamericana”. Me gustaría pensar que gracias a Rama, entre otros, podemos ver claramente que durante los años setenta el esfuerzo del Estado venezolano por democratizar la alta cultura trajo consigo su propio enemigo: su némesis. Mientras el Estado inauguraba museos de arte contemporáneo, orquestas, bibliotecas, la ciudad de Caracas se hacía también más pobre, más peligrosa, más miserable. Los límites del sueño moderno eran perfectamente visibles en los años setenta en Caracas, y Rama da testimonio de ello en su *Diario*. Estas limitaciones no indican, pienso, que tengamos que abandonar el esfuerzo modernizador. Sin embargo sugieren que debemos reconsiderar ese proyecto, a la luz de sus inconvenientes.

El mismo problema podría ser visto desde otro punto. Como decíamos, en el *Diario* Rama refiere constantemente sus tropiezos con los profesores universitarios, con los burócratas de la cultura, con los intelectuales en general del país. De acuerdo a lo que anota, casi todos son “borrachos”, “xenófobos”, “pseudointelectuales”, “flojos”, no leen sino el periódico, “mediocres”, “desactualizados”, están desconectados de la realidad del país, “provincianos” y muchos adjetivos más, como veremos. Podríamos comenzar con la siguiente cita:

Percibo cuánto me falta aquí en Venezuela esa soltura del intercambio intelectual (que supone el mutuo conocimiento de un código, una gramática, un sistema mental) y cuanto me he comprimido para adecuarme a la insuficiencia que colegas y estudiantes proponen día a día (57).

¿Por qué un intelectual que venía de una ciudad pequeña, describe a Venezuela, y en particular a Caracas, una ciudad mucho más grande y aparentemente más moderna que Montevideo, como provincianas? ¿Por qué la emprende contra los intelectuales locales, más allá de las particularidades? Lo que resulta interesante de esta cita particular, apenas una entre muchas por el estilo, es que aquí Rama racionaliza lo que en otras partes parece una descarga emocional, muy propia de un diario, por lo demás. Me refiero, en particular, al paréntesis que aparece en la mitad de la frase, y que supone la ausencia de un plano común, de lo que podríamos llamar, para resumir, un lenguaje, que sirva de lugar de encuentro: una lengua franca. No sería el caso, entonces, que Caracas fuera una ciudad sin intelectuales, aunque alguna lectura del *Diario* sin duda pueda suscitar esa perspectiva, sino que el código, la gramática y lo que él llama el sistema mental, simplemente eran otros. Con esto no quiero excusar las críticas de Rama a los intelectuales, la ciudad y el país. De seguro muchas de ellas deben, más bien, ser muy tomadas en cuenta a la hora de historizar el periodo correspondiente. Solamente quiero indicar que Rama dejó constancia de un problema mucho mayor en su diario: la persistente incomunicación entre los intelectuales latinoamericanos, otro transitado tema de la latinoamericanidad. En la persistencia de este problema se puede notar, también, un componente colonial.

Además de lo dicho en el párrafo anterior, una de las cosas que habría que considerar es que Montevideo no sería precisamente provinciana, por más pequeña que sea, o digamos más bien que su provincialismo es muy distinto al de Caracas. Su vecindad con Buenos Aires, la gran metrópoli latinoamericana por excelencia, y su larga tradición democrática, la colocan en un lugar moderno en muchos sentidos, en todo caso en sentidos distintos a los que podrían describir a Caracas como una ciudad moderna. Los colegas uruguayos de

Rama, aquellos pertenecientes a lo que el mismo llamó la “generación crítica”, estaban, probablemente, varios pasos más adelante que sus equivalentes caraqueños en lo que se refiere a su relación con las tendencias intelectuales europeas del momento, con lo que podríamos llamar “la ciudad letrada de verdad”, o en todo caso Rama lo percibe de esa manera.

Pero me inclino a pensar que en el fondo éste no es el problema que azota a Rama. Es discutible que Montevideo haya sido, o sea, más moderna que Caracas, pero estaría mucho más claro que ambas son provincianas, separadas, coloniales de alguna manera. Por eso sospecho que el problema que Rama describe en este caso gira más bien en torno a la incomunicación entre los intelectuales latinoamericanos, como dije antes. Buena parte del trabajo intelectual de Rama fue realizado para tender puentes, a través de revistas, congresos y la misma empresa de la Biblioteca Ayacucho, entre los intelectuales latinoamericanos, para construir, podría uno decir, una especie de ciudad letrada continental, más allá de los provincianismos locales. La Biblioteca Ayacucho, proyecto que le debemos a Rama y a Leopoldo Zea, así como al apoyo del Estado venezolano y de un grupo de intelectuales locales y latinoamericanos puede ser vista, de hecho, como el intento de construir ese código, esa gramática, ese sistema mental, que sirva para el encuentro. Esto último supone algunas interesantes contradicciones para un intelectual como Rama, porque con la Biblioteca Ayacucho estaría construyendo un sistema continental de autoridad letrada, algo que él mismo criticaría en su libro *La ciudad letrada*.

Caracas, ya para la época en que Rama la conoce, había abandonado casi toda referencia urbanística a la colonia y a Europa, y por ende, supuestamente, había cruzado, hace mucho tiempo, lo que podríamos llamar “la raya del orden”:

la explosiva metrópoli del país petrolero abandonó el moderado desarrollo de la sociedad colonial y burguesa. Al calor de la bonanza petrolera, y con la complicidad de la política populista, la Caracas metropolitana rápidamente perdió el control de la escala, estilo y armonía cde su desarrollo urbano, mientras la inmigración incontrolada la hizo regresar al estado semibarbárico de la ciudad preguzmancista (Almandoz, 23).

El sueño del orden, por lo menos del que conocía Rama, no pertenecía al imaginario caraqueño del momento, y la “culpa” de la inmigración sería evidente. De hecho, una de sus entradas da fe de la angustia que le produce el desorden:

Vivir en la inseguridad, al día, sin saber qué será de uno mañana, como en incesante derrumbamiento. No consigo acostumbrarme. Toda la cultura uruguaya de mis años se edificó contra esa situación, construyendo un entramado vigoroso y planificado destinado a instaurar la seguridad (38).

Eso es Caracas en los setenta, un incesante derrumbamiento, o como dijo José Ignacio Cabrujas, algunos años después: “Vivo en una ciudad nueva, siempre nueva, siempre reciente” (9). No hay seguridad, ni entramado, ni planificación en una ciudad siempre nueva. Tampoco entre sus intelectuales, sus académicos, apenas recién organizados después de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, a partir de 1958. Se podría decir que, para ese momento, casi todas las instituciones eran nuevas, precarias, aunque con muchos recursos. El cortocircuito de Rama con esta villa que trataba de “letrarse”, a través de múltiples esfuerzos desmedidos, como el de la misma Biblioteca Ayacucho, no podía ser más grande. Curiosa contradicción, sobre todo si viene de Rama, que dedicó buena parte de *La ciudad letrada* a criticar el esfuerzo del orden como un instrumento de poder, no de liberación. También se podría agregar

que su inconformidad, su frustración, por otro lado, son muy caraqueñas: quiero decir que la queja de Rama es tan caraqueña como la de Cabrujas.

También habría que decir que el abandono del urbanismo colonial y europeo no supone, para nada, el abandono de la condición colonial, o poscolonial, escondida detrás de cualquier modificación aparente, como una especie de subconsciente de la modernidad, como se ha notado, sobre todo en una ciudad como Caracas, que nunca tuvo la importancia de otras durante la colonia. Según esto, los recursos económicos que habría aportado la explotación petrolera apenas habrían “barnizado” esa condición, con una delgada, aunque preciosa, capa de modernización.

La legión extranjera

El tratamiento más o menos convencional sobre el asunto de la inmigración hacia Caracas suele proponerlo como un problema, y en general se limita a la llamada inmigración interna, del campo venezolano a la ciudad. Me refiero, por ejemplo, a la perspectiva de Emilia Troconis en su excelente libro *Caracas* (1992), ya clásico. Aunque Troconis también habla de la inmigración que vino del extranjero entre 1940 y 1950, no deja de referirse a ella peyorativamente: “creó un auge demográfico que a su vez causó serios problemas a la ciudad caraqueña” (233). La inmigración de los años cincuenta, primordialmente italianos, españoles y portugueses, es referida por la autora, sin calificarla. Sin embargo, en las páginas que dedica a los años setenta no toca el tema, o se refiere a él de manera muy tangencial, sólo para señalar, por ejemplo, que la costumbre de despedirse con un beso en la mejilla vino de la inmigración del cono sur (264). La palabra Colombia, para más señas, sólo aparece en el índice toponímico de su libro, después del siglo

XIX, para referirse al Grupo de los Ocho. Resulta curioso que no haya mayores comentarios al respecto, porque durante esa década la inmigración a Caracas, de todo tipo, continúa, atraída, primordialmente, por las supuestas ventajas que ofrecía una ciudad en pleno desarrollo, como señala el *Diccionario de historia de Venezuela*, en uno de los pocos países democráticos del continente, rico y plural, para el momento. También resulta curioso que no se haga una revisión de los aportes positivos de estas oleadas de inmigración, en muchas áreas. La perspectiva del *Diccionario*, que también podríamos considerar canónica, no es muy distinta, aunque sí ofrece mayores detalles al respecto.

En lo que viene no voy a defender una leyenda dorada de la inmigración. Solamente quisiera apuntar, a partir del *Diario* de Rama, que además de los problemas que se suelen indicar, la inmigración venezolana y latinoamericana de los setenta, que tuvo como destino a Caracas, también contribuyó en buena medida a conformar una serie de instituciones nacionales modernas, y hasta buena parte del carácter urbano de una ciudad rehecha durante la mitad del siglo XX en buena medida por inmigrantes. Además, quisiera mostrar, de la mano de Rama, algunos datos que más bien apuntan hacia una perspectiva negativa de la “receptividad” venezolana hacia esta inmigración.

La primera entrada del *Diario* corresponde al 1 de septiembre de 1974. Menos de un mes después aparece la primera referencia que corresponde al ambiente xenófobo que Rama encontraría en Caracas. Se trata de un comentario sobre los ataques de Sofía Imber y Carlos Rangel (42) contra el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro, uno de los especialistas reunidos por Rama y Leopoldo Zea para conformar el equipo asesor de la Biblioteca Ayacucho. El argumento de Imber y Rangel es que Ribeiro sólo viene a Venezuela a cazar “petrodólares”. Apunta Rama que de esta manera tienden a

desprestigiar a todos los intelectuales latinoamericanos de izquierda. Según Rama, Imber y Rangel también parecen estar irritados porque estos intelectuales extranjeros, así como algunos militantes del partido MAS, aprueban “algunos actos claves del gobierno de Carlos Andrés Pérez, como la defensa del petróleo y el enfrentamiento a Estados Unidos” (43).

De acuerdo a lo que aparece en el *Diario*, en Venezuela existía el temor de que el Gobierno del Presidente Pérez se inclinara demasiado hacia la izquierda, y que los inmigrantes sureños contribuyeran en ese proceso. A partir de este momento, y con particular insistencia en 1977, las entradas referidas a la xenofobia, particularmente contra los intelectuales de izquierda, su esposa Marta Traba y él mismo, se multiplican a lo largo del *Diario*, llegando a convertirse, hacia el final, en una de las causas de que Rama y Traba abandonen Venezuela. De esta manera Rama “justifica” que tenga que irse. Pero estos ataques xenófobos no corresponden solamente al sector que representaban Imber y Rangel (la Embajada americana o Fedecámaras, según lo que apunta Rama), sino que provienen también del sector inverso: de la izquierda. Rama refiere, por ejemplo, una polémica entre Ludovico Silva y Federico Riu, en la cual el segundo sorprende al primero al demostrarle que había plagiado el diccionario *Bompiani* en uno de sus artículos de prensa (80). Lo curioso del caso, según Rama, es que los intelectuales de izquierda, Orlando Araujo entre ellos, y también los que gravitaban alrededor del diario *El Nacional* de la época, no parecen tomar en serio esta afrenta intelectual y más bien se solidarizan con Silva. Este mismo sector después ataca, según el *Diario*, a lo que se conoció como la “legión extranjera”, un grupo de profesores del cono sur que, según Araujo, por ejemplo, estaría invadiendo la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, en desmedro de su calidad. En la “legión extranjera” estarían profesores como Angel Rosenblat y el mismo

Rama. Estos ataques, según Rama, también encuentran eco en la Revista *Imagen*, que critica su revista *Escritura* con argumentos similares (119). Otra referencia importante al respecto constituye un breve análisis de las razones de la xenofobia venezolana:

la exasperación que al país le provoca la presencia de los extranjeros, exacerbada por la propuesta de enmienda de Acción Democrática para concederles derechos políticos a los naturalizados que ha desencadenado, incluso en las filas de izquierda, las declaraciones más insólitas y enconadas (93).

De todos estos ataques, por supuesto, el más insólito es el de la izquierda: “Nunca preví que los marxistas (o pseudo) de la izquierda venezolana, nos atacaran por foráneos, aunque al parecer no por marxistas (para ellos Marx debe ser hijo putativo de Guaicaipuro)” (119). Aunque el tema de la xenofobia continúa más allá de 1978 se mitiga bastante a partir de esta última entrada, que de seguida culmina, como dije, justificando su partida y sugiriendo, con prudencia, que la xenofobia pueda ser una característica caraqueña centenaria, y un mal presagio:

Otro índice de lo que está pasando en el país y de que la prudencia aconseja alejarse de estas costas que fueron, pero otrora, hospitalarias. Debo refrenar la idea de que esto también le ocurrió a Martí hace casi un siglo, porque me entristecería sobre el país y su destino (Rama, 120).

Paralelamente a esos ataques de la izquierda o de la derecha, el Estado venezolano aprovechó, en gran medida, el talento que estos inmigrantes trajeron al país, no solo para materializar la idea de la Biblioteca Ayacucho, sino también para conformar equipos de trabajo en instituciones como la Biblioteca Nacional, el Banco del Libro, Monte Ávila Editores, Ediciones Ekaré, DELAL, Rajatabla, Grupo Actoral 80 y varias universidades nacionales, entre otras. Por otro lado, la

inmigración que suele conocerse como “no calificada” también contribuyó con creces al desarrollo del país en varias áreas. Es muy interesante, en todo caso, que Acción Democrática haya propuesto concederles derechos políticos a los naturalizados, porque resulta, hoy en día, una política que uno reconocería como progresista. Y más interesante aún: que esta iniciativa haya sido resistida por algunos sectores de izquierda. ¿Es que los adecos y algunos masistas de la época eran acaso más progresistas que alguna parte de la izquierda tradicional, la académica y la intelectual, por lo menos en este tema? El problema no era Marx, sino el hecho, simple y llano, de que eran extranjeros. Lo cual no deja muy bien parada a esa izquierda, y a esa ciudad letrada. Según lo anterior, la hospitalidad venezolana tampoco quedaría bien parada. Pero esta visión es sin duda incompleta. Por eso quisiera tocar tres temas más, que creo que pueden mostrar otras perspectivas.

Ángel Bovary

Entre todas las formas más o menos negativas que emplea Rama para describir la ciudad de Caracas y su respectiva ciudad letrada (sus intelectuales), la que más se repite es la de “provinciana”, y otros términos relativos. Apenas diez días después de comenzar su *Diario*, apunta, como señalé antes: “Va siendo un año duro para Marta y para mí y es difícil precisar las causas ¿Dificultades con el medio intelectual de aquí, en muchos aspectos todavía provinciano?” (36). Esta temática, de hecho, se repite a lo largo del diario con mayor insistencia que la de la xenofobia. Rama, por ejemplo, dice sobre un encuentro que él organiza con Julio Cortázar y un grupo de intelectuales venezolanos: “chapuzamos todos en la alberca provinciana, con gestos, gritos, morisquetas y frases hechas” (57). Al comentar una conversación con el cubano Enrique Labrador Ruiz, Rama dice: “el habitual clima de la vida cubana recorrida de chismes

y rumores como no he conocido en otro país; un mundo pueblerino llevado repentinamente bajo los focos universales. Parecido a Venezuela” (75). Rama también se refiere a la generación de escritores venezolanos posterior a la de Picón, Uslar, Meneses y Liscano, como “más pueblerinos” que sus predecesores (82). Los intelectuales que podrían ser conocidos como “europeizantes” tampoco se salvan:

Incluso en el pequeño grupo de los pretendidamente universalistas, su repertorio de referencias pertenece a la vanguardia europea de entre ambas guerras (Joyce, Kafka, Proust, Rilke) y es rarísima la percepción de la vanguardia actual. También ellos viven en el pasado (83).

A algunos profesores universitarios de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, que lo dejan marcharse sin lamentarlo, no les va mejor. Rama plantea que esto obedece a “ignorancia de los valores, a falta de respeto para la cultura, a un horizonte tan estrecho, simplista e interesado, que parece imposible que pueda existir. Otra vez con la provincia hemos dado, Sancho” (114). Como estas hay todavía muchas más, y por ahora bastaría con las que tenemos para mostrar una parte de la percepción de Rama sobre el tema, implacable, dura, intolerante, visceral, hasta pretenciosa y exagerada, si no fuera por lo que sigue. Hay una entrada del diario correspondiente al 19 de octubre de 1974 que dice lo siguiente:

Siempre he desdeñado la provincia, como corresponde a un provinciano y como tal es posible que siempre me haya imaginado (bovarísticamente) por encima de ese desdeñable nivel, pero cuando he creído salir de ella no he hecho otra cosa que cambiar de nombre, de lugar, no de jerarquía. Pero, por esa misma posición dual no percibo que sea comprendido ni querido en la provincia, sino más bien temido o apenas tolerado

como un indiscreto testigo, por lo común incomprendido pues mis proposiciones no se ajustan a las posibilidades y demandas de los provincianos que las reciben (58).

Según esto, la molestia de Rama con Caracas, con su medio intelectual, no es exactamente la de un representante metropolitano que desprecia la provincia, que la mira de arriba abajo, con aires de superioridad, o que se imagina a sí mismo en esa posición. De hecho, uno podría imaginarse que el ciudadano de una urbe a pleno derecho, digamos Buenos Aires o Nueva York, más bien podría quedar encantado con una ciudad de provincia como Caracas, por sus irregularidades exóticas y sus pintorescos encantos, que contradicen, en buena medida, cualquier forma de orden reconocido como metropolitano. Pero un intelectual que viene de Montevideo seguramente puede resistirse a esos encantos con más cuidado, y ser mucho más crítico de lo que uno se esperaría. De hecho, en uno de sus viajes a Caracas en 1978, ya cuando su relación con la ciudad es más distante, dice del Aeropuerto de Maiquetía: “El pintoresquismo ya no me compensa el desorden” (116). La posición de Rama, entonces, no tiene, aunque parezca a ratos, un componente “metropolitanista”. La suya es la posición del intelectual que sale de una ciudad de provincia con cualidades modernas (Montevideo) para encontrarse con otra ciudad de provincia (Caracas), también con cualidades modernas, pero distintas, que rechaza y lo rechaza, en parte. Con esto se muestra no solo la sobrevivencia, en la supuestamente moderna Caracas de los setenta, de los valores provincianos de la pequeña villa que había sido, sino que se revela el carácter fracturado que todavía en esa época podía describir, y seguramente aún describe, las relaciones entre las ciudades y los ciudadanos de las repúblicas latinoamericanas, reales o de papel. La Biblioteca Ayacucho puede ser considerada como la contribución de Rama para “enmendar”

el provincialismo intelectual (localista, nacionalista) generalizado en la región. De hecho, las acusaciones sobre el provincialismo en su diario no se restringen solamente al caso venezolano. También, de pasada, se refiere a Cuba, como vimos, y a otros países, a través de sus observaciones sobre los delegados latinoamericanos de la Biblioteca Ayacucho, por ejemplo, en los cuales Rama nota que resaltan las perspectivas nacionales por arriba de las continentales, las limitaciones por arriba de las virtudes.

En el *Diario* Rama adelanta una especie de fórmula para resolver el dilema entre lo provinciano y lo metropolitano, la tradición y la modernidad, el presente y el pasado, lo nacional y lo extranjero, que recuerda su noción, tomada de Ortiz, de la transculturación, aplicada a un ámbito cultural mayor al de la literatura:

Sólo un desarrollo armonioso y valiente de ambas coordenadas, con lo que ello implica de tenaz esfuerzo para dominar la cultura del mundo presente, permitirá integrar la nacionalidad, desprenderla del provincianismo, sin por ello perder la identidad fundamental. Y de paso disolver la resistencia al elemento extranjero, reconociéndole su calidad de heraldos de ese mundo presente y dotándolos de una fuerte y sabrosa impregnación local (p. 83).

Su posición no resulta demasiado distinta a la de José Martí, hace más de cien años, y a la que propone Néstor García Canclini en *Culturas híbridas*. A mitad de camino de todo, Rama muestra su claro linaje con lo que podríamos llamar la reflexión sobre la latinoamericanidad. Caracas, según esto, no sería mejor ni peor que otra capital latinoamericana, simplemente distinta, con otra gramática, con otros códigos del intercambio. La dificultad de Rama, entonces, más allá de algunos casos anecdóticos que realmente muestran alguna evidente carencia caraqueña en el campo intelectual

de algunos polemistas, tiene que ver con la dificultad de entender un lenguaje provinciano particular, que como todos, es simplemente distinto al del resto de las provincias.

Desde esta perspectiva también podríamos comprender que en Caracas, como en otras ciudades latinoamericanas, algunas cualidades de la colonia aún estarían actuando como variables importantes, sobre todo las que se refieren a la separación cultural, y por supuesto administrativas de cada área, país o ciudad latinoamericana.

La ciudadanía de las letras

Como señalé más arriba, la manera de Rama de referirse en el *Diario* a los intelectuales locales es, en general, peyorativa. A algunos les reconoce su amistad, su afabilidad y hasta su solidaridad, pero no menciona ninguna capacidad intelectual propiamente dicha. Sobre la Comisión Editora de la Biblioteca Ayacucho dice, por ejemplo, “había previsto mi decepción, pero ella es mucho mayor de la cuota calculada. Salvo a Trejo, siento que a ninguno le importa demasiado; una comisión más, una tarea más que cumplir, despacio, rutinariamente, sacándole algún provecho” (42). Habría que recordar que esta comisión estaba conformada por José Ramón Medina, Ramón Escovar Salom, Miguel Otero Silva, Oscar Sambrano Urdaneta, Ramón J. Velásquez y Ángel Rama, además de Oswaldo Trejo. Al escribir un artículo de prensa sobre un grupo de escritores de Maracaibo, se da cuenta de que el periódico es la referencia fundamental de la cultura venezolana: “la dominante periodística de un medio que vende diarios pero no libros y de un público culto que sólo atiende también a los textos del periódico”. Y a continuación agrega: “La escasa consistencia intelectual del medio, incluso de su élite, queda definida por este comportamiento” (61). Cuando comenta sobre su insomnio, Rama dice que le asaltan imágenes que

se transforman en una angustiosa defensa y ofensa contra la persecución por parte de los seudointelectuales (borrachos y xenófobos, incapaces de toda digna tarea intelectual) que han dominado y prostituido la vida cultural del país y se han ensañado contra nosotros (79).

De día, dice, puede combatir el delirio de persecución, pero no de noche. Otra más:

No hay vida intelectual. Chismografía, pequeños intereses, exhibicionismo pueblerinos. Pero nada de auténtica pasión por la tarea intelectual, ni diálogo sobre sus posiciones. Uslar Pietri contesta (mal) un artículo de Paz, y ninguna reacción a ese intento de diálogo. Comidos por la vida trivial y la pueblerina imitación de lo que creen las maneras de los escritores. Repiten gestos a falta de poder asumir los significados intelectuales que rigen esos gestos (113).

La primera cita mencionada podría guardar alguna relación con una de las líneas de pensamiento más controversiales de su libro *La ciudad letrada*: “la relación entre los intelectuales y la burocracia, desde la consolidación del imperio español en América hasta el siglo XX. Dicho de otro modo, el letrado es un intelectual orgánico a la vida pública dominada, desde la colonia, por un culto ciego a la autoridad de la letra” (Ramos, 69). Esta perspectiva tan abarcadora, que desgraciadamente Rama no logra desarrollar hasta sus últimas consecuencias porque lo sorprende la muerte, es habitualmente criticada, por el mismo Ramos, por cierto. La relación entre intelectuales y poder no supone, necesariamente, según Ramos, que estos dos campos no puedan tener áreas distintas de ejercicio, en algunos casos. También se podría anotar al respecto una de las tesis de Rama en *La ciudad letrada*: la relación entre los letrados coloniales y el poder se habría perpetuado hasta nuestros días, gracias

a su capacidad de adaptación, como registra Mabel Moraña al respecto. En todo caso, su comentario sobre la Comisión Ayacucho parece ser una muestra de un tema que, según Peyrou, venía preocupando a Rama desde los años sesenta. En este caso se trata de la relación directa entre burocracia e intelectuales, o más específicamente: intelectuales ocupando puestos burocráticos, Rama mismo entre ellos. Según lo que anota en el *Diario*, esta función de poder supone un problema. Y no solamente en el caso de los intelectuales venezolanos. Sobre los intelectuales latinoamericanos que apoyan la configuración de la Biblioteca Ayacucho Rama anota observaciones similares. Uno podría asumir, entonces, que la posición de Rama en torno a la función del intelectual moderno es parecida a la que indica Edward Said en *Representation of the Intellectual*, la de un amateur, no suscrito al poder. ¿Es posible? Es curioso que la misma crítica al intelectual burócrata podría aplicarse también al trabajo de Rama, por lo menos a la que se refiere a su labor en la Biblioteca Ayacucho.

La segunda cita que mencioné simplemente creo que muestra lo que para Rama era un nivel bajo de lectura (el periódico) que a su vez indicaba un bajo nivel cultural. De nuevo es menester decir que esta frase, como las demás, debe ser evaluada de la mano de quien la enuncia. Rama no era simplemente un intelectual, o simplemente un burócrata cultural, también era un erudito, con un entusiasmo nada común, en ningún país. El comentario de Tomás Eloy Martínez sobre Rama quizá sea una buena muestra de este carácter especial:

los malabarismos de su inteligencia se las arreglaban para no desoír a los amigos mientras escribía una par de brillantes ensayos al mes, concertaba las ediciones de la Biblioteca Ayacucho, salía y entraba de sus conferencias en Puerto Rico, preparaba las clases —inolvidables clases, me han dicho— para la Universidad Central de Venezuela, organizaba la revista

Escritura y terminaba enzarzándose en polémicas feroces sobre la cultura venezolana (Martínez, XXIX).

Si Rama se comparaba a sus pares, como parece ser el caso, no es difícil notar por qué se sentía fuera de lugar. En realidad yo creo que Rama pertenecía, contradictoriamente, a lo que podemos llamar el grupo de los intelectuales profesionales, de carrera, mientras que muchos de los intelectuales que Rama critica, venezolanos o latinoamericanos en general, eran escritores prestados a la burocracia, intelectuales también, pero en un sentido distinto. En esto consiste, pienso, el problema de Rama con los intelectuales locales. De manera que la severidad de su ataque a la relación entre burocracia y poder, de la que él mismo participó, es contradictoria, porque una de las críticas de *La ciudad letrada* es precisamente esta relación entre intelectuales y poder, a lo largo de la historia. En realidad ambos grupos, profesionales y burocráticos, y todas las mezclas posibles entre ellos, guardan relaciones con las formas de poder, ambos pueden conseguir sus orígenes en las sociedades coloniales. Uno podría poner en duda esta declaración demasiado general, pero digamos que sí podemos desprenderla de lo que el mismo Rama dice en el *Diario*, y de igual manera podríamos aplicársela a él mismo. Para terminar con este comentario, al indicar su decepción cuando se reencuentra con Roberto Fernández Retamar, Rama comenta: “Otra vez el mismo asunto: el intelectual y el poder” (37). Es claro, a partir de entradas como esta, que el tema estaba en la mente de Rama, y que la experiencia caraqueña debe haber agregado una perspectiva distinta, cruda, brutal.

La tercera cita menciona la indefensión de Rama frente al tormento nocturno del insomnio, repleto de imágenes sobre sus detractores venezolanos (Sofía Imber, Carlos Rangel, Oswaldo Barreto, Orlando Araujo, por ejemplo) a los que llama seudointelectuales, entre otras cosas. No estamos acostumbrados a suponer el ambiente intelectual y

académico venezolano como xenófobo, ni tampoco como seudointelectual, ni el de esa época ni el de ahora. Que Rama lo diga, entonces, quizá debería movernos a una reflexión más cuidadosa sobre lo que suponemos en torno a estos temas, a sospechar de nuestra propia percepción. Más allá de la cuestión anecdótica (por ejemplo, que uno pueda suponer que esos ataques no estaban dirigidos especialmente a Rama o a Rosenblat, sino a otros profesores o intelectuales, menos calificados) sorprende mucho la visión de Rama, en la que lo cuestionado sobre la supuesta “legión extranjera” es precisamente su origen nacional, y no su calidad intelectual. En todo caso, esta tensión muestra también la fisura de la ciudad letrada latinoamericana, definitivamente aérea, separada en cuadrículas nacionales. Sobre la cuarta cita no creo que haga falta ningún comentario.

En medio de esta desolación, el esfuerzo de los intelectuales por “letrar” la ciudad, así como el probable esfuerzo de la ciudad por no dejarse “letrar”, son fuerzas que se anulan, así como la queja sobre los intelectuales extranjeros y la aceptación de ellos en varias áreas profesionales y académicas, también son gestos que no lograron vencerse. Es notable esa tensión en el diario de Rama, en su ejercicio profesional en la Biblioteca Ayacucho, que, como dijimos, puede ser vista como el mayor esfuerzo por sentar las bases de un humanismo latinoamericano sin duda liberador, pero a la vez, domesticador, como diría Peter Sloterdijk, y la revista *Escritura* y su trabajo de docente en la UCV, como un esfuerzo por criticar y reconstruir una tradición humanística. Rama tiene un pie en cada lado, todo el tiempo, a lo largo del *Diario*.

Rama, el caraqueño

“Vivir en Caracas me ha enseñado, entre tantas maravillas, que todo intento de descubrir sus espacios es un fracaso. Vivo en

una ciudad imposible, y si bien recuerdo sus rutas y direcciones, desplazarme en ella no es más que partir de un sitio y llegar a otro, sin que el trayecto me devuelva un significado, o por lo menos, una modesta memoria”. Y agrega: “Caracas no es una consecuencia de los caraqueños” (10). Esto escribió José Ignacio Cabrujas en 1988, y me sirve para tratar de mostrar que tanto Cabrujas, un intelectual que nació en Caracas, como Rama, que vivió en esta ciudad unos seis o siete años, comparten la misma perspectiva desasosegada sobre la capital. Rama escribió en su *Diario*, más que nada, sobre la ciudad de papel, la ciudad de los intelectuales y académicos. Cabrujas escribió, entre otras cosas, de la real, de la que se reconstruía todos los días, y de la “letrada”, en *Acto cultural*, por ejemplo. Ambas, la de Rama y la de Cabrujas, eran improvisadas, limitadas, oscuras, maravillosas, antiguas y modernas: provincianas, a pesar de los esfuerzos de modernización y democratización. Ambas casi coloniales.

La Caracas de Rama, y la de Cabrujas unos años después, parece un noble esfuerzo frustrado: la modernización, a través de las letras, las artes, la cultura “cultura”, el urbanismo renovado, acabó por generar su némesis: su Centro Simón Bolívar modernísimo, invadido por la economía informal, por ejemplo. Es como si a más desarrollo acelerado correspondiera, a su vez, más subdesarrollo también acelerado, sobre todo cuando se redoblan los esfuerzos en una sola dirección, en la del populismo o en la de la modernización.

No quisiera concluir con una nota negativa sobre estos grandes esfuerzos, porque sin duda ellos hacen falta, sobre todo en un país que carece todavía, después de tantas iniciativas, de una infraestructura democrática y legal, acorde a sus necesidades. Lo que sí quisiera es indicar que estos esfuerzos resultan contradictorios cuando son realizados en “una sola” dirección, en la de la alta cultura, por ejemplo, o en la del urbanismo desarrollista. Creo que la experiencia moderna caraqueña muestra, de acuerdo al *Diario* de

Rama, que una sola dirección, una sola, es simplemente una mala dirección.

A partir de todo lo anterior, yo creo que Rama extraña en Caracas un ambiente intelectual propiamente profesional, moderno, culto, ilustrado, en un sentido clásico, europeo, civilizado: extraña precisamente a la ciudad letrada propiamente dicha, o más precisamente a la ciudad del orden, aquella que viene de la escritura, de la importancia de la escritura en la configuración del orden. Lo curioso de todo esto es que, como dijimos, en su libro *La ciudad letrada* critica precisamente este sueño del orden, que al final resulta impuesto, aéreo, falso y hasta totalitario. Caracas, según el diario, y su “villa letrada”, no parece estar gobernada por la palabra escrita sino por la oralidad (el chisme, el comentario). Debería, entonces, ser considerada como un espacio de libertad, a pesar de sus notables carencias. En medio de esa ciudad real, oral, los gestos de la palabra escrita parecen diluirse en comisiones burocráticas de trabajo, que también Rama lamenta. En su *Diario*, esta ciudad que también amó, según Tomás Eloy Martínez, es invisible para sus ojos, es incomprensible. Como cualquier caraqueño, Rama lamenta nuestra ciudad, nuestros intelectuales, nuestros poderes. Una historia de la ciudad estaría incompleta sin esta y otras visiones de los extranjeros que la conocieron o la conocen, y que también la hicieron, la amaron y la odiaron; y fueron hechos, amados y odiados por ella.

Referencias

- ADORNO, Rolena. (1987). “La ciudad letrada y los discursos coloniales”. *Hispanamérica*. Nº 48, pp. 3-24.
- ALMANDOZ MARTE, Arturo. (1997). *Urbanismo europeo en Caracas 1870-1940*. Caracas: Fundarte/Equinoccio.
- BEVERLEY, John . (1993). *Against Literature*. Minneapolis/ Londres: University of Minnesota Press.

VOZ Y ESCRITURA. REVISTA DE ESTUDIOS LITERARIOS. Nº 14, enero-diciembre 2004. Lecuna, Vicente. *La Caracas iletrada: A partir del Diario de Ángel Rama*, pp. 39-67.

CABRUJAS, José Ignacio. (1988). *Caracas*. Caracas: Fundación Polar/Oscar Todtmann Editores.

CAMPA, Román de la. (1999). *América Latina y sus comunidades discursivas*. Caracas/Quito: Fundación CELARG/Universidad Andina Simón Bolívar.

Cronología. (1987). Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Diccionario de historia de Venezuela. (1997). Caracas: Fundación Polar.

GENÉ, Juan Carlos. (1994). *Teatro I*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.

MARTÍNEZ, Tomás Eloy. (1985). Ángel Rama o el placer de la crítica. En *La crítica de la cultura*. (Ángel Rama). Caracas: Biblioteca Ayacucho.

MORAÑA, Mabel. (1994). De la ciudad letrada al imaginario nacionalista: contribuciones de Ángel Rama a la invención de América. En *Esplendores y miserias del siglo XIX* (Beatriz González et al. compiladores). Caracas: Monte Avila Editores/Equinoccio.

RAMA, Ángel. _____. (1984). *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.

(2001). *Diario*. (Prólogo, edición y notas de Rosario Peyrou). Caracas: Ediciones Fondo editorial la nave va/Trilce.

RAMOS, Julio. (1996). *Paradojas de la letra*. Caracas/Quito: Excultura/Universidad Andina Simón Bolívar.

ROMERO, Jorge. (2000). Tres lecturas de la cultura moderna en América Latina. En *Modernidad y posmodernidad*. Caracas: Museo Alejandro Otero.

SAID, Edward. (1994). *Representation of the Intellectual*. New York: Pantheon.

SLOTERDIJK, Peter. (2001). *Normas para el parque humano*. Madrid: Ediciones Ciruela.

SOSNOWKI, Saúl. (1985). Ángel Rama: un sendero en el bosque de las palabras. En *La crítica de la cultura*. (Ángel Rama). Caracas: Biblioteca Ayacucho.

TROCONIS, Emilia. (1993). *Caracas*. Caracas: Grijalbo.